



SEMANARIO

LITERARIO

Gente Joven

Son inútiles las luchas torcidas de las gentes que pretenden crear á nuestra fiesta un ambiente hostil. De todas partes recibimos cartas de alabanza, y llegan á nosotros trabajos que nos traen corrientes de simpatía, que nos aseguran, desde luego, un éxito franco, que nos alientan en la ruda labor que nos hemos impuesto.

Estamos satisfechos de nuestros trabajos, y estamos satisfechos también de las campañas que contra ellos se hacen. Por estas vamos conociendo á la gente, y nos encontramos con que á lo mejor, aquí ó allí, donde nosotros creíamos ver una fuerza sana, donde parecía anidar una sinceridad seca y noble, surge como en todas partes, como en pleno arroyo un odio vulgar, ansioso de venganza, que no respeta noblezas y que arroja á la cara insultos ramplones.

Ningún daño nos hacen esas campañas, porque todos nos conocen, porque todos saben el espíritu que nos anima.

Nuestros Juegos Florales han de tener éxito, no sólo por nuestros trabajos, sino también por nuestro mantenedor el Sr. González Besada, que no piensa hablar aquí de política sino de cosas que son de un interés vital para nuestra Universidad (por la que ha trabajado tanto) de cosas que alienten á las ideas que laten ó tienden á latir en el alma de nuestro pueblo, de las nuevas corrientes de la juventud estudiosa. Y el señor González Besada que tiene observador espíritu y es orador limpio y elocuente, obtendrá sin duda un triunfo sincero que apagará las voces de protesta de unos pocos que le han hecho víctima de su rencor, por el solo hecho de ser amigo de un hombre salmantino.

Después de que los Juegos Florales se hayan celebrado comenzaremos á organizar el Congreso Escolar, y no nos cabe la menor duda de que entonces también, gentes de aquí ó allá comenzarán á ver fantasmas tras nosotros y comenzarán á luchar con ansia de romper nuestra entereza, pretendiendo llevarnos á una lucha intestina en la que nosotros mismos nos desorganicemos. Entonces, como ahora, trabajaremos con tesón para dar solidez al plan.

NUESTRA COLABORACIÓN

MISIÓN DEL PROFESORADO EN LA ACTUAL SOCIEDAD ESPAÑOLA

por MIGUEL DE UNAMUNO

No soy yo, ciertamente, el profesor español que se atreva á decir cuál cree debe ser la misión del profesorado en las sociedades modernas. La única sociedad que conozco algo es la

española, y no sé hasta dónde sea permitido llamarla, con propiedad, moderna. Me he de limitar, pues, á exponer cuál creo debe ser la misión del profesorado en la sociedad española de

hoy, sin pretender que mis observaciones puedan aplicarse á otra sociedad cualquiera.

Hay, sin duda, una enorme diferencia entre una sociedad encarrilada ya en el movimiento de la cultura, que hace fuertes y dichosos á los pueblos, y otra sociedad á la que hay que hacer descarrilar de sus viejos carriles de la rutina para meterla en otros nuevos. No es lo mismo dirigir un buque que arreglarlo en el astillero, y convertirlo de buque de vela en buque de vapor.

En los países encarrilados ya, la Universidad es una pieza del mecanismo social. En ella se enseñan ciencias, artes y humanidades, obedeciendo á la ley de la división del trabajo. Un físico, un químico, un entomólogo, un helenista, un asiriólogo, un fisiólogo, etc., cumplen su misión enseñando, respectivamente, química, física, entomología, griego, asirio, fisiología, etcétera. Allí puede tener aplicación el dicho vulgar de «zapatero, á tus zapatos!», y los especialistas son obreros de una labor colectiva fecunda. Pero no así en sociedades como la nuestra. En las grandes capitales hay casas en que se vende sino objetos de caucho. v. gr., ó no más que clavos, mientras que en los pequeños pueblos, en un solo comercio, se vende de todo, sin que pueda ser de otro modo.

El especialísimo, tan útil y provechoso para el adelanto de las ciencias, puede resultar una rémora de progreso en países como el nuestro, en los que ante todo es menester educar al pueblo. Educar antes que instruirle. Antes de ahora lo he dicho y he de repetirlo: el profesor que se limita en España á eso que comunmente llamamos cumplir con el deber, no cumple con la patria y no tiene derecho alguno á quejarse de que se le recompense mal. Demasiado se le da para lo que hace. Quien no da más de lo que se le pide, no debe pedir más de lo que se le da.

La obra del profesorado no debe limitarse á la labor docente de cátedra, sino que ha de extenderse á una labor educadora sobre el pueblo. Educadora más que instructiva en el sentido estricto. Más que á vulgarizar las ciencias, artes y conocimiento mediante cursos de extensión universitaria—que resultan por lo común, hay que confesarlo, un fracaso—ó por otros medios análogos, hay que tender á formar en el pueblo hábitos de seriedad y de trabajo y sentimientos de seriedad y de patriotismo. El profesorado debería ser, si fuese como debiera, el sacerdocio de la religión patriótica, de la religión del patriotismo.

La investigación científica tiene, aparte del fruto inmediato y aplicable á las necesidades inmediatas de la vida que de ella se saca, otro valor tal vez más hondo y más duradero, y es la huella que deja en el espíritu del investigador. Importantísimas son las aplicaciones médicas de los descubrimientos de Pasteur, pero la vida misma de este nobilísimo investigador es una lección perenne y de la mayor importancia. Los descubrimientos de Ramón y Cajal han dado sólida reputación á este ilustre maestro entre los sabios todos del mundo que se interesan en problemas histológicos y antropológicos; en general, esta su fama ha refluído á España, y apoyándose en la autoridad que ella le da, está, al presente, ejerciendo sobre la patria un apostolado mucho más fecundo que su labor estrictamente científica. Ahora nos está contando cómo y por qué llegó á sus descubrimientos; ahora está enseñando á sus compatriotas cómo es el alto idealismo, el quijotismo, el amor á la verdad por la verdad misma, el amor á la belleza, la abnegación desinteresada, la curiosidad especulativa, el santo deseo de gloria, lo

que lleva á los descubrimientos científicos que pueden resultar luego útiles para la vida que pasa.

La Ciencia enseña el amor á la verdad, el respeto al hecho, el culto á lo que es verdadero, por insignificante que parezca; el odio al embuste y á la falsificación; la Ciencia es la gran escuela, la escuela acaso insustituible de la sinceridad. Y la labor patriótica de los formados en tal escuela es educar el pueblo en el amor á la verdad y el odio á la mentira. No se concibe un verdadero hombre de ciencia, á un hombre de ciencia verdadera, tratando de engañar á un pueblo y de halagar sus pasiones y sus prejuicios. Esto es cosa de sofistas ó de abogados, que se habitúan á defender el pró y el contra de las cuestiones; es cosa de casuístas que buscan medios de absolver á los penitentes, sin forzarles mucho el natural. Las llamadas jurisprudencia y teología moral han contribuido no poco á corromper á los pueblos. Podría citar muchos casos en apoyo de esto, pero baste decir que hay personas piadosísimas que no sienten escrúpulo en ocultar riqueza imponible, ó en meter género de matute, porque se les ha enseñado que defraudar al Estado no es robar, y que no es pecado contrabandear y matutear. Y os miran con ojos de asombro si les decís que el contrabandista peca contra el cuarto mandamiento, honrar padre y madre, porque en él se contiene el deber de obedecer á toda autoridad que mande algo que no esté contra la ley de Dios, como no lo está el imponer tributos.

Los hombres educados en la Ciencia tienen el deber de educar al pueblo á que oiga la verdad y la respete.

Y si la Ciencia es una escuela de sinceridad y de odio á toda mentira, la Ciencia es también una escuela de tolerancia y de odio á toda imposición doctrinal. La Ciencia enseña á amar la verdad, ó más bien á amar las pequeñas verdades, los datos al parecer más insignificantes que vamos día á día conquistando, y enseña á desconfiar de las propias fuerzas y á no creernos infalibles nunca. A medida que crece el campo de lo conocido, crece en mayor proporción, el de lo desconocido; de cada problema que se resuelve surgen multitud de nuevos problemas. Y no pocas veces el problema científico consiste, no en resolver un problema dado, sino en descubrir que se hallaba mal planteado, deshacer lo hecho y volver á plantearlo de nuevo: borrar y cuenta nueva. El descubrir que se va por mal camino y volver atrás, desandando lo andado para emprender otro nuevo, es avanzar y no retroceder. Y esto enseña la Ciencia, y esto es lección de tolerancia.

No he visto á nadie indignarse porque se le niegue un teorema matemático ni empeñarse en imponerlo autoritariamente y por la fuerza á quien no comprende su demostración. Y esta educación de mansedumbre en la firmeza es la que hay que inculcar al pueblo.

La acción del profesorado formado en los medios científicos de investigación debe de ser el trasplantar eso que se llama la religión de la Ciencia, el culto á la verdad por la verdad misma y el espíritu de la fe reflexiva y de respeto á lo desconocido, el trasplantarlo al orden del patriotismo.

La Ciencia tiene sus mártires, mártires del amor á la verdad, y este espíritu de martirio deben llevarlo á sus relaciones con el pueblo en que viven y del que viven. Ejemplo nobilísimo de ello es aquel médico del drama de Ibsen *El enemigo del pueblo*. Nada corrompe más á un pueblo que la Ciencia falsificada para servir á sus prejuicios, sus pasiones ó sus intereses bastardos. Se ha envenenado la Historia, y se sigue envenenándola y falsificándola, para halagar la vanidad ó la

soberbia de las muchedumbres, se falsifica la Antropología para lisonjear á una raza, se sofistica la Economía política para apoyar pretensiones de una clase social, y se hace sedicente ciencia proteccionista ó librecambista; se falsea la Psicología para ponerla al servicio de estas ó aquella creencias, por respetables que ellas sean. Y en esta labor corruptora ha tenido siempre y en todas partes no poca participación el profesorado á sueldo.

Amargas son las invectivas de Schopenhauer á la filosofía asalariada; pero por amargas que sean, son muy justas. Bien está que como el sacerdote come del altar, coma el profesor de la disciplina que profesa; pero si convierten en carrera el uno el sacerdocio y el otro el profesorado, se degradan y no cumplen su deber social.

Bien está que el profesorado procure instruir al pueblo vulgarizando doctrinas científicas y conocimientos útiles; pero es muy de temer que con esto no se le haga sino entretenerle fútilmente. Las gentes van á oír una conferencia científica para pasar el rato ó como van al teatro; y si les impresiona el oír el número de leguas que hay de la Tierra á Sirio, es porque eso les parece imposible de averiguar por medios natu-

rales. La ciencia fragmentaria de conferencias y manuales rara vez educa á un pueblo. Se reduce á física recreativa. Es la acción moral lo que sobre todo hace falta, y yo quisiera que en toda España se distinguiera el profesorado por su culto á la sinceridad, predicando como el Apóstol quería, oportuna é inoportunamente, y por su culto á la tolerancia.

Cuando hay gentes que halagando al pueblo español le dicen y repiten que es una excelente primera materia y que sus males no le vienen de sí mismo, sino de los que le gobiernan y dirigen, es un deber pararse á reflexionar si esto es así como se dice; y si de un examen sereno, desinteresado, científico, resultara que el mal está en el pueblo, en su dureza de cerviz, en su terquedad y tosquedad, en el orgullo de su ignorancia, en su falta de idealidad y de desinterés, entonces sería un deber decirle noble y lealmente: «¡pueblo mío!, eres tú, eres tú mismo el que tienes que modificarte, renunciando á tus tercas rutinas y á tus prejuicios tradicionales, respetando á todo el que hable con el corazón en la mano y oyéndole con atención y con respeto». Y que aprenda á oír.

He aquí la labor del profesorado español: enseñar al pueblo á que oiga con atención y respeto.

PROSA Y VERSO

MIS DOS AMIGAS

por PEPE ONÍS

Yo tengo dos, tres, cuatro, seis, muchas amigas. Pero de estas muchas amigas tengo dos predilectas, cariñosas, enormemente amigas. Se llaman Lola y María. Las dos son muy guapas, morenas, de color de bronce, de finos cabellos, de ojos hermosos, transparentes, alegres. Las dos tienen la misma edad: doce años, aunque exista diferencia de un mes, de dos meses, de tres meses. Cuando me ven se sonríen graciosamente, me saludan con mucha finura, bromean conmigo. María lleva un vestidito encarnado y las pantorrillas al aire. Lola lleva otro vestidito azul, muy alegre, muy coquetón y también luce las pantorrillas. Las dos me quieren mucho, ingenuamente, con ingenuidad de niñas, con sinceridad. Las dos me llaman su novio, las dos se disputan mi mano, son muy buenas. Cuando pasean por la plaza parecen dos personitas, con las caritas muy serias, muy arrugadas. Al pasar á mi lado se sonríen. Después me dicen:

—¡Adiós, Pepe! ¡Que te diviertas! Tenemos que decirte una cosa.

Yo, saludo finamente, cortesmente, á sus familias, que van con ellas. Yo les digo:

—¡Adiós, muy buenas tardes! ¡que ustedes sigan bien!

Luego les digo á ellas:

—¡Adiós, simpáticas, monísimas, que os divertáis! Ya os hablaré.

Y pienso en lo que me tienen que decir. Yo me pregunto: ¿Qué será? y sigo paseando, acordándome de ellas, de mis amigas, de Lola y de María.

Las conocí una noche en un baile. Ahora, ya no voy al baile, me resulta pesado, antipático. No me gusta divertirme, me gusta estar triste, solo. En los bailes hay mucha gente, me aburro, por eso no voy. Quiero pensar en algo y en alguien. Prefiero quedarme en casa, pasear por el campo.

Como digo, las conocí en un baile. Me acuerdo que era de máscaras. Las dos iban vestidas con unas faldas muy largas, que les arrastraban, con un pañuelo de Manila, con muchas flores en la cabeza. Iban muy guapas. Yo, bailé con una de ellas, con Lola. María bailaba con otro. María vino luego á juntarse con Lola y conmigo. Hablamos mucho, muy largamente. Desde este día siempre que las encuentro, las saludo. Desde este día, Lola, María y yo, somos amigos, muy buenos amigos.

Yó, tengo también muchos amigos. Enemigos tampoco me faltan. Pero no me importa, no me interesa, todo el mundo me tiene sin cuidado. Con mis amigos paseo todas las tardes,

todas las noches. Mis amigos se llaman Manolo, Francisco, Pepe, Antonio. Algunas tardes pasamos por casa de Lola. Es al oscurecer, al crepúsculo, diáfano, rojo, melancólico. Lola está á la puerta de su casa, jugando con otras niñas, cantando el carabí, urí, urá. Sus vocecitas son alegres, como risas de niñas. Lola tiene una hermana. Cuando pasamos está tocando al piano sonatas tristes, melancólicas, soñolientas. Nosotros saludamos. Yo le pregunto á Lola:

—¿Cómo estás, Lola?

Mis amigos y yo seguimos paseando. Lola y sus amigas entonan lo de "se lo peina su tía con peine de cristal", y la sonata que toca la hermana de Lola, esparce sus ecos, cadenciosos, tristes. Al poco rato todo lo hemos perdido de vista.

Yo tengo un palomar. Mi palomar tiene, diez, quince, treinta, muchas palomas. Me entretengo en verlas, como se arrullan, como se besan. Lola me habló cierto día de las palomas. Yo, le dije que le regalaría una. Lola me ha dicho:

—Quiero que tenga un lacito azul en el cuello y otros dos en las alas.

Yo la he prometido fielmente enviarle la paloma con los lazos. Se la enviaré. Lo prometo.

Han pasado muchos días desde que conocí á mis amigas, á mis simpáticas amigas. Hacía algún tiempo que no las veía. Esta tarde me he encontrado con ellas en la Alamedilla. Las dos juntas, como siempre, paseaban muy despacio, como personas formales. Me he acercado á ellas, las he saludado, me han contestado amablemente.

Lola me ha preguntado:

—¿Cuándo me mandas la paloma?

Yo, la he dicho con indiferencia:

—Cualquier día.

Hemos seguido andando. Ha empezado á hacerse de noche. A lo lejos ha ladrado un perro, las nubes se han puesto rojas, el cielo diáfano, el alma triste.

Hemos hablado de muchas cosas, indiferentes, casi tontas. Han pasado junto á nosotros dos novios, muy juntos, muy ardientes, murmurando. Lola y María les han mirado con excesiva, con infinita curiosidad. Se han puesto muy serias, me han mirado interrogándome. He procurado distraerlas. Lola tenía un pensamiento.

Después, abriendo mucho sus ojos negros, me ha preguntado:

—¿Cómo se tienen los novios? ¿Qué es el amor?

Lo dijo ingenuamente, sólo por curiosidad. Yo debí ponerme pálido. Yo he contestado:

—Ya os lo diré. Me marchó.

Lola y María han contestado á mi saludo. Yo he andado algún terreno muy deprisa. Después me he parado. He visto á mis dos amiguitas seguir paseando, serias, mudas, como dos personas formales. El cielo está hermoso, azulado, transparente. Muy lejos ha ladrado el perro. Las nubes están rojas, llameantes. El alma ha visto la melancolía, la nostalgia.

Yo he pensado:

—¿Qué es el amor?

Luego he dicho:

—¡Ah! ¡El amor, el amor!—Y me he acordado de una cara blanca, muy blanca; de unos ojos, muy negros, dulces, soñadores; de un cabello fino, brillante.

Luego he dicho:

—¡Eso es el amor! ¡Eso es el amor!



SOBRE EL AMOR

POR JULIO MEDINA COBALÁN

Si al despuntar el alba majestuosa
abre el rosal sus cándidos botones,
ostentando su gracia misteriosa
entre murmullos y celestes sonos;
el alma de ventura codiciosa,
se entreabre á las primeras ilusiones
que la esperanza virginal le envía
adornadas de amor y de poesía.

Alza el amor un eco tan profundo,
que nunca estingue el corazón su llama,
cuyo soplo magnético y fecundo
luz y hermosura por doquier derrama;
grande, inmortal, espíritu del mundo

la creación entera le proclama,
que á la tierra, la mar, al sol y viento
concede animación y movimiento.

Por él sacude su gentil plumaje,
pintado de magníficos colores
la débilavecilla entre el follaje
do canta placentera sus amores;
tiende las alas de dorado encaje
la tierna mariposa entre las flores
más perfumadas, púdicas y bellas,
hasta encontrar su amor en una de ellas.

Por él derrama pródiga la fuente

raudal de perlas donde el sol se mira
y corren á mezclarse en la corriente
del manso arroyo que de amor suspira;
y con frase galana y elocuente
cantas, poeta, en armoniosa lira
las bellezas que el númeron ha creado
por el amor purísimo inspirado.

«Todo es amor, y sin amor no hay nada,»
amor pregona la gentil Natura,
así el pez en su plácida morada
como el reptil en su guarida oscura;
su amor busca la luna nacarada

al recorrer la celestial altura
en pos del sol que con su luz la dora
mientras celosa, el alba, perlas llora.

Amor siente y suspira el alma mía;
amor, dice tu lábio entre querellas,
y de amor con suprema idolatría
el pecho guarda las memorias bellas.
¡Dejar que la exaltada fantasía
gire febril con el recuerdo de ellas,
y que corone *nuestros dos anhelos*
el amor, que es antorcha de los cielos!

LECTURAS CLÁSICAS

L I T E R A T U R A F R A N C E S A

ALFONSO DAUDET

EL SUBPREFECTO EN EL CAMPO ⁽¹⁾

El señor subprefecto está de expedición. Con el cochero delante y el lacayo á la zaga el coche de la subprefectura le lleva majestuosamente á la exposición regional de La-Combeaux-Fées. En ese día memorable el señor subprefecto se ha puesto la hermosa casaca bordada, el sombrerito apuntado, el pantalón estrecho con galón de plata y la espada de gala con puño de nácar. En sus rodillas descansa una gran cartera de piel de zapa con relieves y la contempla tristemente.

El señor subprefecto mira con tristeza su cartera de zapa estampada en hueco; piensa en el famoso discurso que pronto ha de tener que pronunciar en presencia de los habitantes de La-Combeaux-Fées.

“Señores y queridos administrados...

Pero, por más que atusa las rubias y sedosas patillas, y repite veinte veces seguidas “señores y queridos administrados...”, no se le ocurre la continuación del discurso.

No se le ocurre la continuación del discurso...

¡Hace tanto calor dentro de aquel coche!... Hasta perderse de vista el camino de La-Combeaux-Fées está lleno de polvo, bajo el sol del mediodía... El aire abrasa... y sobre los olmos de orilla del camino, enteramente cubierto de

blanco polvo, millares de cigarras se desprenden de un árbol á otro... De pronto se estremece el señor subprefecto. Allá abajo, al pié de una ladera, acaba de ver un verde robledal que parece hacerle señas.

“Venga V. aquí, señor subprefecto; para componer su discurso estará V. mucho mejor al pié de mis árboles...”

El señor subprefecto queda seducido; apéase del coche y dice á sus gentes que le aguarden, que va á componer su discurso en la pequeña robleda.

En el bosquecillo de verdes carrascos hay aves, violetas y fuentes bajo la fina hierba... Cuando ven al señor subprefecto con sus lindos pantalones y su cartera de zapa estampada, los pájaros tienen miedo y dejan de cantar, las fuentes no se atreven á meter ruido y las violetas se esconden entre al césped... Toda esa gentecilla menuda jamás ha visto á un subprefecto, y preguntanse en voz baja quién será ese gran señor que se pasea con pantalón de plata... Mientras tanto, el señor subprefecto, encantado con el silencio y la frescura del bosque, se levanta los faldones de la casaca, deja encima de la hierba el sombrero apuntado y toma asiento en el musgo, al pié de una encina joven. Luego, abre en las rodillas la gran cartera de piel de zapa con relieves y saca de ella un ancho pliego de papel ministro.

(1) Del libro *Lettres de mon moulin*.

—¡Es un artista!—dice la curruca.

—No— contesta un pajarillo— no es un artista, puesto que lleva un pantalón de plata; es más bien un príncipe.

—Es más bien un príncipe—repite otro pajarillo.

—Ni un artista ni un príncipe,— responde un viejo rruiseñor que ha estado cantando una temporada en los jardines de la subprefectura.— Yo sé quién es; es... un subprefecto.

Y en todo el bosquecillo se oye cuchichear:

—¡Es un subprefecto! ¡Un subprefecto!

—¡Qué calvo está!—observa una alondra muy moñuda.

Las violetas preguntan:

—¿Es mala persona?

—¿Es mala persona?—preguntan las violetas.

El viejo rruiseñor responde:

—No es del todo mala.

Y con esta seguridad los pájaros vuelven á ponerse á cantar, las fuentes á correr y las violetas á embalsamar el aire, como si aquel señor no estuviese allí...

Impasible, en medio de todo aquel grato barullo, el señor subprefecto invoca en su corazón á la Musa de los comicios agrícolas; y, lápiz en ristre, comienza á declamar con su voz de ceremonia:

“Señores y queridos administrados...”

“Señores y queridos administrados... dice el subprefecto con su voz de ceremonia.

Una carcajada le interrumpe; vuelve la cabeza, y sólo ve un gran pico verde que le mira riéndose de patas en el sombrero apuntado. El subprefecto se encoge de hombros y quiere continuar su discurso. Pero el pico verde le interrumpe y le grita desde lejos:

—¿Para qué sirve eso?

—¡Cómo! ¿Para qué sirve eso?—dice el subprefecto, poniéndose encarnado. Y echando con un ademán á aquel pájaro atrevido, prosigue á más y mejor:

“Señores y queridos administrados... prosigue, á más y mejor, el subprefecto.

Pero cátrate que entonces se levantan hacia él las violetas desde las puntas de sus tallos, y le dicen con dulzura:

—Señor subprefecto: ¿nota V. qué bien olemos?

Y las fuentes le dan bajo el musgo una música divina; y entre las ramas, por encima de su cabeza, bandadas de curruacas acuden á cantarle sus aires más bonitos; y todo el bosquecillo conspira para impedirle componer su discurso...

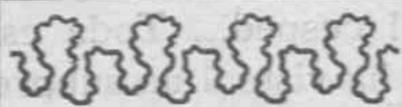
El señor subprefecto, mareado de aromas, ébrio de música, en vano trata de resistir el nuevo campo que le invade. Se pone de codos encima de la hierba, se desabrocha la hermosa casaca, y tartamudea otras dos ó tres veces:

“Señores y queridos administrados... Señores y queridos adminis... Señores y queridos... Luego envía al demonio los administrados, y la Musa de los comicios agrícolas no tiene más remedio que cubrirse el rostro.

Cúbrete el rostro, ¡oh Musa de los comicios agrícolas!...

Cuando, al cabo de una hora, las gentes de la subprefectura, intranquilos por su señor, entran en el bosquecillo, ven un espectáculo que les hace retroceder con horror... El señor subprefecto estaba echado boca abajo encima de la hierba, despechugado como un bohemio.

Habíase quitado la casaca, y... mascando violetas, el señor subprefecto hacía versos.



LIBROS NUEVOS



MI MISA ROSA

por *Arístides Moll*

Es un libro más de versos modernistas. Confieso ingenuamente que estos poetas modernistas, decadentes, parnasianos, no me hacen sentir gran simpatía ni admiración así como tampoco me producen indignación ni aburrimiento.

Sin embargo, he de afirmar que en-

tre estos poetas (y al hablar de ellos no me refiero á los extranjeros para nada) entre estos poetas he encontrado algunos—Marquina, Machado, Villaespesa, R. Giménez, Ruben Darío—que me han hecho sentir la impresión de la más alta y delicada poesía.

En todos ellos se encuentra rasgos de hondo sentimiento, de suma delicadeza, hermosas metáforas, elevados pensamientos; todo esto se encuentra á las ve-

ces en ellos, en unos con más abundancia que en otros.

No puede darse el caso de que un hombre que tenga alma de poeta, deje de escribir cosas impregnadas de intensa poesía, esté influido por esta ó por la otra escuela, aún por la que se pueda considerar que está más en pugna con un recto gusto literario. Hasta el punto de que la escuela que pareciése más opuesta al arte verdadero, si la a brazan

cuantos hombres de esclarecido genio, llega á convertirse en clásica á la vuelta de cierto tiempo.

He leído hasta el fin este tomito de poesías modernistas de Aristides Moll, y he encontrado en él lo que siempre he encontrado en sus congéneres de más valía; unas cuantas composiciones, pocas, inspiradas de honda poesía desde la primera línea hasta la última; otras, bastantes, en las cuales, entre el farrago del difuso y lánguido modernismo se encuentran á las veces, tres líneas, un verso, un pensamiento, elevado, tierno, delicado, digno de la pluma mejor forjada; y otras, pocas también, en las que no se ve nada, que no hacen sentir nada, sino es un una dejadez enfermiza, unas contorsiones del espíritu para decir algo que parezca grande, donde en realidad no hay nada, grande ni pequeño.

Es Aristides Moll, á pesar de su tendencia absorbente de helenismo, un poeta triste; aunque me parece que es de los que son tristes, como ocurre á muchos por *sport*, por deliquio enfermizo, pues no se ven en él esos desgarramientos del alma que produce el verdadero dolor, la verdadera tristeza.

"Mas no; lo alegre yo siempre ignoro,
Lo que conozco siempre desdeño;
Sé, pues, incógnita, que así te adoro.
Sé siempre triste, que así te sueño..."

Una poosía dedicada á Emerson, me gusta sobremanera, me encanta profundamente. Tal vez ocurra así, porque Emerson me encanta y subyuga como pocos, porque el gran poeta-filósofo, es uno de los ídolos de mi alma apasionada.

No me resisto al deseo de publicarla íntegra, contribuyendo así al homenaje por el hombre que admiro sinceramente:

EMERSON

El sol hacía de su luz alarde,
Y en sus brazos moría ya la tarde,
Llorada en su agonía por los trinos
De una alondra de estro,
Oculta como Pan entre los pinos.
Recé por el maestro.

Qué triste parecióme la meseta
Donde posé mi planta!
Qué triste mi oración!
Mas qué bella la tumba del poeta
Donde todo parece una canción
Que al cielo por su alma se levantal

Bóreas se abría paso,
Un sollozo vertiendo entre las ramas.
Incendiadas al rojo por las llamas
Del sol en regio ocaso;
Pero grande, si triste, aquel lamento
Que dedicara á Emerson el viento.

Qué fría aquella piedra
Cubierta por los brazos de la yedra,
Pero enorme y erguida y solitaria,
Digna del Semidiós de la tristeza,
Sobre el cual se levanta cual plegaria
De sin igual belleza!

Parecía que el alma del gran muerto
Llenaba el camposanto,
Y, al mirarlo tan vasto y tan desierto,
Las hojas que caían á montones
Huían como nubes de ilusiones
Que sintieran espanto.

Alzaron su oración
Los pinos, y las aves su canción,
Hacia el azul palacio
Del astro que en Ocaso descendía,
Cual si fuera una lágrima del día
Rodando sobre el rostro del espacio.

Recé por el maestro:
Bebí como un raudal la poesía
Que cinceló su prodigioso estro,
Y, grave y misteriosa,
Hasta mí se llegó Melancolía
Portando entre los labios una rosa.

Todo el libro de Aristides Moll, está saturado de este pseudo-helenismo hoy corriente, del que hablaré extensamente en un próximo artículo.

Conozco lo suficiente de las letras griegas para que no me convenza ese embustero helenismo, que ahora tratan de poner en boga los modernistas y que ni por asomo se parece á lo que es característico del alma griega.

F. O.

CUESTIÓN DE AMBIENTE

(NOVELA)

de Antonio de Hoyos y Vinent.

Vamos á hablar de una novela que es el primer ensayo de un joven de veinte años.

Es D. Antonio de Hoyos un joven aristócrata, que ha escrito su primera novela con los personajes del mundo en que vive, tomando como único punto de vista lo que á diario observa en la sociedad á que pertenece.

La aristocracia sale muy mal parada de sus manos. Es simpático esto de ver á un muchacho educado en ese ambiente apartarse de él, odiarlo sinceramente, como se trasluce de toda la obra, y sentar plaza de soldado en las filas de la intelectualidad, comprendiendo bien, por lo visto, en qué consiste la verdadera aristocracia.

Hablemos de él, de Antonio de Hoyos, y después hablaremos de la obra, si queda tiempo. Me interesan siempre más

los hombres que las obras; así es que, cuando leo algún libro, al punto me imagino al autor, de cierto modo, que tal vez pudiera ser equivocado, pero que, por lo menos, tiene grandes visos de probabilidad.

Me parece Antonio de Hoyos un joven de alma noble y de corazón sano, que no se encuentra muy bien entre esa sociedad frívola, sin muy arraigada idea moral, que nos pinta en su novela, desprestigiándola, poniéndola en parangón con la vieja aristocracia de hombres fuertes y nobles y de mujeres virtuosas.

Me agrada sobremanera ver á este joven entusiasmado con aquella nobleza antigua, encarnada es los Loidorroteas, aquella nobleza vigorosa y valiente, oreada por aires de montaña, teniendo la virtud y el honor por lema, ostentando un nombre inmaculado y glorioso.

La escena en que describe la muerte del señor de Loidorrotea, abuelo de Ignacio, protagonista de la novela, está hecha con amor y con espíritu y es de lo más hermoso de la obra.

Ignacio Loidorrotea desciende de esa raza que se conservó noble y pura en la montaña vasca; se crió en un ambiente de rigidez y de virtud, de la noble rigidez de su padre y de la santidad de martir de su madre.

El último vástago de la noble raza no faltará á sus abuelos, que duermen inmaculados en sus tumbas; no hará nada para que se estremezcan de vergüenza y de dolor los huesos de sus antepasados, que duermen allá, lejos, junto al mar, en la montaña.

Este es el hombre. Marcha á Madrid, y allí se entabla la lucha del bueno, del leal, del noble, con todo aquel tráfigo de la moderna aristocracia, decaída, corrompida, inmoralizada, sin honor los hombres, sin concepto moral las mujeres; y en esa lucha el noble y leal Loidorrotea saldrá vencido, con el alma desgarrada, deshecha, vendido por su amor, mancillado su nombre.

El último descendiente de aquella noble raza irá á dar á

un manicomio, por haber querido de veras á una mujer indigna, por haber sido noble, recto, leal, en un ambiente de hipocresía y de malicia, por haber confiado en el honor y en la bondad de los hombres.

Y sin embargo, Ignacio Loidorrotea no merecía esta vida humillante, merecía haber vivido, como su padre, en el viejo caserón de la montaña vasca, al lado de una mujer noble y virtuosa, con alma para querer, para comprender la suya, y morir después como mueren los nobles, como murió su abuelo, para que descansen más tarde sus huesos junto á

los de los otros Loidorroteas, juntos para siempre los huesos de la raza que murió. Esto merecía el pobre Ignacio, porque no faltó nunca á la rectitud que le enseñaron, porque no manchó su nombre con ninguna infamia, porque no se vendió al casarse sino que lo hizo por amor, porque cuando después el adulterio le tendió los acariciadores brazos de la duquesa de Alcuna, enamorada de él, tuvo fuerza suficiente para rechazarlos, para vencer la caricia subyugante de la mujer hermosa, acordándose de su santa madre, de su mujer, que él creía buena, y

que le iba á dar muy pronto un hijito, que él no sabía que no era suyo.

La novela, como primer ensayo, me parece que tiene defectos de gran importancia; pero no me gusta señalarlos, aparte de que no soy yo quién para ello.

Pero no dudode que el señor Hoyos ha de llegar á hacer cosas mucho más hermosas sin duda, porque en este primer ensayo demuestra que tiene condiciones para ello, de todo lo cual me alegraría.

F. O.



CRONICA SEMANAL



ESTA SEMANA es una de esas semanas borrosas de provincia, en las que los días pasan iguales, con una monotonía dulce, pacífica; días en los que la integración del vivir provinciano no da una nota alta, chillona; días adorables, en los que nacen y se tejen, sin saber que se tejen y que nacen los cimientos de los grandes hechos históricos, las bases primeras de los cambios internos, lentos de los pueblos.

La atención provinciana no ha estado concentrada en una cosa única, se ha difundido, ha corrido durante la semana entera por todas partes, tras una mujer rubia, lánguida, esbelta, de ojos soñadores, tras una mujer morena, firme, mujer que vive la ciudad dos días, mujer que marcha.

Los hombres sesudos, los hombres hechos, en el café, en el paseo, en el despacho, han discutido furiosos, de alta política, del triunfo de su ideal, un ideal borroso, latente, amasado y envuelto por un sin fin de pequeñeces que integran la vida.

Y las jóvenes, estas jóvenes de ciudad que viven de mañana vida de religión, en los bancos oscuros de las iglesias frescas, asentadas en nuestro suelo por los pasados hombres viriles, habrán visto sin duda caminar por nuestras

calles torcidas, un grupo de hombres fuertes, altos, firmes, hijos de tierras extensas que vienen aquí—á miraros á vosotras (?)—en busca del estrato que á la historia y al arte agregaron nuestros abuelos ya muertos, en busca del vivir de nuestro pueblo, masa primera de la que han de surgir los grandes hechos venideros.

* *

Nuestro pueblo, el pueblo salmantino, es un pueblo en el que anida la descortesía más completa.

En esta semana, como en la semana pasada, como en las semanas todas del año, los muchachos, estos muchachos esmirriados, de ciudad, gozan y se divierten en molestar á las niñas jóvenes, á los hombres pacíficos, á la gente toda. Y esta descortesía no cortada de muchachos se traduce en acometividad más tarde, en matonismo y en chulería después. Y ese matonismo y esa chulería nos dá un plantel de hombres inútiles, de hombres cobardes, que cercenan el vigor de nuestro pueblo, hijo de vetones. Mientras tanto, la justicia y la autoridad, esos dos esperpentos (por lo visto), entecos como el pueblo, miran paráliticos y con atontados ojos cómo se engendra á su lado una sociedad morbosa.



DE TODO UN POCO



LOS JUEGOS FLORALES

En el próximo número empezaremos á publicar los *lemas* de los trabajos recibidos hasta el día.

Los carteles anunciadores de las compañías de teatro que

han de venir á Salamanca nos hacen concebir esperanzas de que tendremos una buena temporada. GENTE JOVEN piensa hacer una crítica sincera de las obras que se representen y de los actores que en ellas tomen parte.

Ha aparecido en nuestra ciudad un periódico nuevo *El Heraldo de Salamanca*. Le deseamos una vida larga y sana que creemos ha de tener á pesar del sin fin de papeles diarios que en nuestra ciudad se publican.

Andrés Iglesias, Imp. Libertad 10, Salamanca